

En las excavaciones del colegio se ha encontrado una antigua muñeca.

Todo esto comenzó cuando empezaron a excavar para hacer el polideportivo. Uno de los obreros vio un objeto extraño entre la tierra. A simple vista parecía otra de la mucha chatarra que habían sacado, pero esta vez al limpiar bien el objeto vieron que se trataba de una antigua Mariquita Pérez. Estaba inexplicablemente muy bien conservada. Tenía los rizos marrones, los ojos azules, las mejillas sonrosadas, los pequeños labios rojos, el trajecito que llevaba no estaba ni roído; estaba prácticamente perfecta. Al verla, el obrero, lo primero que hizo fue dársela al arquitecto, Pedro.

Un jueves, durante la hora de tutoría, nos habló de ella y nos la enseñó. También nos preguntó si la queríamos alguna de nosotras. Todas pensábamos que no iba a haber respuesta pero de repente de las primeras filas se oyó un simple y silencioso yo. Era María. Una de las niñas con más corazón que he conocido. Sabía que le gustaban las muñecas pero no pensaba que le gustaran tanto. En el recreo le preguntamos el porqué y ella nos dijo que no lo sabía muy bien pero que la había parecido tan bonita que si no la hubiera cogido se habría sentido mal.

A la salida empezamos a observarla y sin saber muy bien cómo pudimos observar el pequeño y borroso rastro de un rotulador en el piecicito derecho. Ponía algo parecido a Dolores Sanz 2º B. Al verlo teníamos que saber más sobre el nombre, sobre esa niña, encontrarla. Días después le preguntamos a una de las monjas del colegio. Nos dijo que todavía se acordaba de ella y que siempre había sido una alumna ejemplar y que hacía relativamente poco que había venido al colegio.

Averiguamos, gracias a internet, que había sido de ella. Vivía en Aranjuez, fue alumna del Loreto, nació en el 1932, así que ahora tenía 81 años. Después de meses averiguando cosas diferentes sobre su familia, su vida en el colegio... decidimos ir a buscarla. Vivía en el número 7 de la calle principal. Al llamar al timbre nos abrió una niña de seis años que gritando y riendo dijo un sonoro y agudo grito: “¡Abuelaa!”. Y la vimos, era ella, la dueña de aquella preciosa muñeca. Aquella señora que nos había tenido muy intrigadas durante meses por su muñeca. Nos dijo que entráramos y nos ofreció unas pastas. Le contamos el motivo por el cual habíamos ido a visitarla. Al enseñarle la muñeca se le empezaron a enrojecer los ojos. La nieta, preocupada, le preguntó que qué le pasaba. Ella simplemente contestó con un: “Acabo de volver a la infancia, la mejor época de mi vida, en el colegio Loreto”.

Estuvimos escuchando durante horas cómo hacían rabiar a las monjas, sus juegos del recreo... Ese día aprendimos mucho más de lo que la gente pudiera imaginar. Aprendimos a valorar el pasado y a que una sonrisa de una persona mayor es un gran tesoro.